

algunos de los grabados de la edición que en 1651 se había publicado en Roma, basada en la selección de Recchi y con numerosos grabados de plantas y animales, hechos a partir de las copias de los dibujos originales de El Escorial que el médico napolitano había llevado consigo a Italia.

En ese momento, la información sobre la vida y la obra de Hernández, así como los textos y las imágenes en las que se basaba la mencionada publicación, procedían de la edición de las Obras completas de Francisco Hernández llevada a cabo por la Universidad Nacional Autónoma de México, bajo la dirección de Germán Somolinos, a partir de 1959. El imprescindible estudio de Somolinos, que ocupaba casi la totalidad del volumen primero de las mencionadas Obras completas, ya había servido de base a las páginas que López Piñero dedicara a Hernández en su *Ciencia y Técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII* (Barcelona, Labor, 1979, p. 287-290) y ahora, en 1992, seguía siendo, como digo, la fuente esencial.

Pero la preparación de la antología de textos e imágenes llevó a López Piñero a la convicción de que debía zambullirse de lleno en los textos hernandinos para poder entender cabalmente, siempre dentro de los supuestos del proyecto general ya esbozados, la importancia y trascendencia de la aportación del que fuera Protomédico de las Indias. Con la inagotable energía y decisión que le caracterizaba, decidió acometer ese análisis exhaustivo. Durante meses, el café matutino que tomábamos la mayor parte de los miembros de grupo de investigación a la llegada de López Piñero a su despacho en el Instituto de Valencia estuvo amenizado por su narración sobre lo que había leído de Hernández la noche anterior o por sus siempre divertidas -y a menudo exageradas- descripciones acerca de lo que iba aprendiendo sobre la nomenclatura náhuatl o sobre la botánica mexicana, gracias a sus pesquisas en las obras de referencia en busca de una identificación botánica razonable para tal o cual planta, puesto que uno de sus empeños fue, desde el principio, ofrecer tal identificación lo más completa posible, convencido de que cualquier publicación contemporánea sobre la aportación hernandina debía incluir ese aspecto.



Fue entonces, hacia mediados de 1992, cuando recabó mi colaboración directa en el tratamiento de la obra de Hernández, ya que, hasta ese momento, mi participación en el proyecto, como la del resto de mis compañeros, se había dirigido a otros asuntos. Su generosa y espontánea propuesta era imposible de rechazar: al atractivo de poder estudiar de cerca la obra de Hernández y su enrevesada historia europea había que sumar la oportunidad de trabajar con López Piñero de una forma diferente a la que hasta ese momento había conocido. Ciertamente, a lo largo de más de quince años, mi relación con él había sido directa y estrecha, tanto en lo personal como en lo académico, pero nunca había tenido la oportunidad de escribir un libro con él. Y ahora la propuesta era precisamente ésta: escribir un libro sobre Hernández entre los dos. Acepté sin pensármelo dos veces, claro. Pasado el entusiasmo inicial, la realidad se impuso

inexorablemente: la enorme diferencia de conocimientos y de capacidades entre él y yo. Era él quien tenía la potencia y los recursos intelectuales para diseñar, desarrollar y ejecutar ese libro; yo no tenía más que encontrar mi lugar en el proyecto y amoldar mi entusiasmo a la escala que me correspondía. He de ser sincero en ese aspecto: López Piñero jamás hizo explícita esa diferencia, siem-

pre supo encontrar el modo de crear la complicidad necesaria, de que me sintiera partícipe y coautor de la empresa. Pero era obvio que yo tenía mucho que aprender, que debía aparcar otras consideraciones y dedicarme a aprovechar al máximo mi posición para aprender todo lo posible; tras quince años de otros muchos aprendizajes junto a él, éste podía ser el mejor y el más decisivo. Y lo fue; de diversas maneras, alguna de ellas paradójica, pero lo fue. Por eso mi gratitud hacia él estará siempre más allá de cualquier otra consideración.

Además de reunir en un solo volumen el análisis de la relación que presentaban obras tan diversas como el *"Códice Pomar"*, la Verdadera medicina de Juan de Barrios (México, 1607) o la *Historia Plantarum* de John Ray (Londres, 1686-1704) con los materiales de Hernández, nuestra principal aportación entonces fue, en mi opinión, ofrecer la más completa aproximación a los materiales originales de la Historia natural de la Nueva España, entregados por Hernández al Rey y